

LA GRAN SOMBRA

Arthur Conan Doyle



La Gran Sombra, una narración romántica y de aventuras, comienza con los recuerdos de infancia de Jock Calder, cuando las pilas de leña y combustible jalonaban la costa de Gran Bretaña en espera de servir como señales de fuego ante un inesperado desembarco napoleónico. Más tarde conocerá a la encantadora prima Edie, y surgirá la rivalidad amorosa con su mejor amigo, Jim Horscroft. Un buen día aparece por el pueblo el excombatiente francés Bonaventure de Lapp... Para Arthur Conan Doyle, autor escocés y gran defensor de las bondades del imperio británico, la historia y la cultura francesa –que su madre irlandesa le había inculcado y por la que sentía gran admiración– era una debilidad a la que dedicó horas de estudio y algunas de sus obras. Conan Doyle tenía un especial interés por la figura dramática de Napoleón y las guerras que asolaron Europa a causa de su inagotable ambición y genio militar, tan sólo cincuenta años antes de su nacimiento. Pero los personajes de sus narraciones napoleónicas, Etienne Gerard –veterano soldado de las campañas europeas que cuenta sus andanzas, no exentas de humor, en las dos series de relatos, «Las hazañas del brigadier Gerard» y «Aventuras de Gerard»–, o Jock Calder –un escocés de West Inch que cuenta sus recuerdos de infancia y juventud en una Gran Bretaña amenazada, como el resto de Europa, por la sombra napoleónica, en «La Gran Sombra (1892)» no sitúan sus historias en el ojo del huracán, sino en la peripecia personal y en una vida cotidiana fuertemente marcada por la incertidumbre de estas guerras, y siempre desde la distancia en el tiempo o la lejanía geográfica.

Índice de contenido

Cubierta

La Gran Sombra

Presentación

Capítulo 1: Señales verdaderas

Capítulo II: La prima Edie de Eyemouth

Capítulo III: La sombra en las aguas

Capítulo IV: Eligiendo a Jim

Capítulo V: El hombre del mar

Capítulo VI: Un águila vagabunda

Capítulo VII: La torre de Corriemuir

Capítulo VIII: La llegada del cúter

Capítulo IX: Los sucesos de West Inch

Capítulo X: El regreso de la Sombra

Capítulo XI: La asamblea de las naciones

Capítulo XII: La sombra en la tierra

Capítulo XIII: El final de la tormenta

Capítulo XIV: El recuento de la muerte

Capítulo XV: El apunte final

Sobre el autor

Notas

PRESENTACIÓN

La «Gran Sombra» tiene nombre y apellido: Napoleón Bonaparte; y un contorno bien nítido y definido que fue creciendo con el pasar de los años. General en 1793, Primer Cónsul en 1799 y, finalmente, en 1804, Emperador de los franceses. Los ingleses lo odiaban, pero como dice Jock Calder, protagonista de esta breve y excelente novela: «Estaba muy bien pintar caricaturas suyas, y cantar tonadas burlescas sobre él, y considerarle un usurpador, pero yo he de hablar acerca del miedo que despertaba ese hombre, y que se extendió como una sombra negra sobre toda Europa». Realmente Calder no va a hablar solamente de ese miedo, sino de su primer amor, de su prima Edie y su amigo Jim Horscroft, de Bonaventure de Lapp y de cómo esa Gran Sombra, amenazante siempre, pero en segundo plano, se acercaba desde el fondo para convertirse en la circunstancia cotidiana de su vida.

Aunque, evidentemente, Napoleón es «La Gran Sombra», esta novela no tiene a Napoleón como protagonista. Éste apenas realiza una aparición fugaz en un momento muy concreto de la misma, sin embargo pocas veces ha estado más presente en una novela la épica de la gesta napoleónica. Todo se inicia cuando los recuerdos de Jock Calder hacen que éste remonte su narración a los primeros años de su niñez, cuando las pilas de leña y combustible jalonaban la costa de Gran Bretaña, en previsión de que hubieran de encenderse avisando del desembarco de las tropas del Emperador en la isla. De aquellos días que-

dan para el protagonista la impresión de temor que el francés despertaba y el recuerdo del paso de un jinete que sería bien famoso, *sir* Walter Scott, acudiendo a la costa ante una falsa alarma de invasión. Más tarde aparecen en su vida la encantadora y coqueta prima Edie y la rivalidad amorosa con su amigo de siempre, Jim Horscroft; mientras, la sombra del Emperador se hace más concreta cuando Edie y Jock, desde la costa, tienen ocasión de contemplar un combate naval entre dos corsarios franceses y un barco inglés. Y la Sombra comienza a tocar ese apartado rincón de West Inch —a caballo entre Escocia e Inglaterra— cuando un veterano del ejército francés, Bonaventure de Lapp, alcanza desfallecido la costa angloescocesa tras la rendición de Napoleón y su exilio en Elba. Hasta aquí Doyle ha trenzado una nostálgica y encantadora novela de amores y desengaños juveniles, con una melancolía casi a lo *Gran Meaulnes* de Alain Fournier; lo que permite hablar, sumados los acontecimientos posteriores, de *La Gran Sombra* como narración romántica y de aventuras. Esa segunda etapa más aventurera, donde brillará la épica, va a venir de la mano de Bonaventure de Lapp, un curtido soldado de las guerras imperiales que ha visto todo y estado en todos sitios. Estuvo en España con el Emperador cuando éste atravesó la sierra de Guadarrama para entrar en Madrid y estuvo también en las acciones de La Coruña y Astorga. Se sabe que participó en la retirada de *La Grande Armée* en Rusia y que luchó contra los austríacos. Y que intervino en la detención del conde de Enghien y en muchos otros acontecimientos de relieve. Es posible que sea un bravucón mentiroso..., el lector habrá de esperar para averiguarlo, pero sus memorias, reales o fingidas, llevan el fulgor de veinticinco años de guerra junto al Emperador hasta los contertulios de Bonaventure en West Inch y los posteriores lectores de esta novela. Pocas veces se habrá logrado evocar literariamente la epopeya napoleónica con tan pocas líneas de texto como Doyle y Bonaven-

ture utilizan aquí. Pero hay otros aspectos en los que esta pequeña novela sigue siendo modélica: buena evocación del pasado, personajes bien contruidos, acierto en la plasmación de sentimientos, ambiente de misterio bien mantenido..., y un cuidadoso ensamblaje entre los acontecimientos del gran escenario internacional y los avatares de la pequeña historia de los protagonistas. Ese gran telón de fondo bélico que es la contienda napoleónica, dibujado con trazo suave y un tanto distante en los primeros capítulos de *La Gran Sombra*, irá afirmando sus contornos hasta integrar en ellos la historia de los dos amigos, la prima Edie y el soldado francés. El cómo no toca ahora revelarlo. Es asunto particular entre Doyle y cada uno de sus lectores, y por tanto, cuestión en la que el autor de la presentación no debe entrometerse. Pero sí se puede señalar que, quien disfrute leyendo la descripción de impetuosas cargas de coraceros franceses, del tronar de los cañones, las formaciones en cuadro del 71 de Highlanders y el *En Avant!* de la guardia del Emperador, no se verá defraudado.

Sobre la personalidad y trayectoria literaria de Arthur Conan Doyle, autor de esta novela, habría que extenderse mucho para contar aquí algo que no friera lugar común ya. Es un escritor marcado para la literatura por el personaje que le proporcionó el éxito –Sherlock Holmes, por si alguien se había despistado–. Por tanto sólo lo mencionaremos ahora como algo que también era: un admirador de Napoleón Bonaparte..., o al menos de la épica que lo acompaña. En esta misma editorial y colección han visto la luz dos recopilaciones que agrupan los relatos que Doyle dedicó al húsar francés –bravo entre los bravos– Etienne Gerard. El más apuesto, arrojado, caballeroso, experto con espada, sable, lanza, caballo o mujer, de todo el ejército francés. *Aventuras de Gerard y Hazañas del Brigadier Gerard*. Otra novela, *Uncle Bernac*, escritos como su exposición de la batalla de Waterloo y otros ensayos dis-

persos, testimonian la admiración doyleiana por aquellos que se enfrentaron a sus abuelos escoceses en los campos de batalla de buena parte de Europa. Con sus cuentos de Gerard, Doyle deja correr su admiración sin freno ni complejo y no duda en tomar como protagonista de su recreación de la epopeya a un soldado francés, si bien matizando su visión mediante el humor. *La Gran Sombra*, escrita anteriormente, en 1892, es el primero de sus esfuerzos narrativos sobre el periodo napoleónico. Aquí todavía Napoleón y los franceses son el enemigo, pero es ya Bonaventure de Lapp, el soldado de Napoleón, el personaje sobre quien Doyle dirige el foco. Y quizá sea este Bonaventure una prefiguración de lo que llegará a ser su gran personaje posterior Etienne Gerard. En principio no se parecen demasiado. Psicológicamente son muy opuestos..., pero tienen aspectos básicos en común. Sin realizar una comparación pormenorizada entre ambos –que pudiera decir más de Bonaventure de lo que en una presentación debe decirse– es posible que las diferencias caracterológicas entre Gerard y Bonaventure las marque, fundamentalmente, el tono que Doyle ha querido darle a las narraciones donde cada uno de ellos interviene: melancólico y romántico en *La Gran Sombra* y socarrón y desenfadado en las historias de Gerard. Como se indicaba al principio, la conjunción entre la historia personal de los habitantes principales de esta novela y los acontecimientos históricos del periodo en que se ambienta es importante. Las noticias que llegan de la contienda en Europa matizan los buenos o malos momentos de quienes protagonizan la historia privada que se narra. Hay veces en que refuerzan la impresión de que las desgracias nunca vienen solas; en otras ocasiones parece que ayudan a que el cielo sea más azul. Pero, puesto que Doyle deja los acontecimientos históricos que coinciden con los primeros años de Jock Calder en esa indefinición que es propia de los recuerdos de infancia, no estropearemos el efecto precisando en qué

año se inicia la acción de la novela o qué ocurría entonces en Europa. Es perfectamente posible hacerlo ya que, partiendo de la fecha de la batalla de Leipzig y de la edad que tiene Jock entonces –que Doyle revela– puede encontrarse el año de inicio de los sucesos de *La Gran Sombra...*, todo concuerda. Pero será más avanzada la novela, cuando los grandes acontecimientos de aquellos años no admiten seguir siendo vistos de lejos por los protagonistas y se vienen hasta primer plano, cuando es recordar la secuencia de batallas, tratados y negociaciones tiene utilidad para el lector de esta narración. Hacia 1812, tras toda una sucesión de éxitos militares, el imperio de Napoleón logra su máxima extensión. El territorio francés propiamente dicho alcanza los 50 millones de habitantes divididos en 152 departamentos, lo cual es cerca de un tercio del total de la población del continente europeo. La hegemonía francesa es incuestionable y los demás estados del continente están ligados a Francia por relaciones familiares o son subordinados o vasallos del poder francés. Sólo Inglaterra y la rebelión en España perturban la Europa de Napoleón. Y es esta situación –cuando Inglaterra ha quedado sola y espera con temor el desembarco francés en sus costas– la que sirve de lejano fondo a la infancia de Jock Calder. Pero hacia 1812 tiene lugar el desastre de la campaña de Rusia. Un ejército de 600 000 infantes y 180 000 caballos queda reducido a los 1000 hombres y 18 caballos que consiguen retornar a territorio francés. Además, Napoleón tiene que abandonar los restos de su ejército y llegar a París de incógnito y a marchas forzadas, para hacer abortar allí un golpe de Estado contra él. No obstante, aunque todos estos reveses encienden de nuevo la rebelión en Prusia, aunque rusos y suecos avanzan hacia territorio francés, y austríacos y británicos siguen su mando en el grupo de adversarios de Francia, los recursos de Napoleón aún le permiten hacer frente a la situación. De hecho, su genio militar y la abundancia de medios del

Imperio hacen que logre invertir el curso de los acontecimientos, forzando la retirada de los ejércitos coligados en su contra hasta Silesia. Todos parecen necesitar una pausa, pero la obtenida por el armisticio de Pläswitz –del que Napoleón diría posteriormente que aceptarlo fue el mayor error de su vida– da a sus adversarios la oportunidad de reorganizarse y causarle, en 1813, una monumental derrota en Leipzig. Esta debacle francesa, que con tan gran contento celebran los habitantes de West Inch en la novela, marca el principio del fin del Imperio de Napoleón. No es que éste arroje la toalla. Según los teóricos del arte militar jamás Napoleón maniobró tan hábilmente como en aquellos días en que todo estaba perdido. De hecho aún obtuvo notorias victorias, como la de Brienne en 1814. Pero se trataba de una resistencia desesperada y sin posibilidad de triunfo, mantenida por obtener las mejores condiciones posibles para una rendición francesa, que ya se negociaba en Chatillon, y con los ejércitos aliados sobre territorio galo. Tras cada nuevo éxito o fracaso en el campo de batalla, cambiaban exigencias y condiciones. Ora conservaba Napoleón su trono en Francia, ora lo perdía en beneficio de los Borbones o de una posible abdicación en su propio hijo. El negociador francés, consciente del agotamiento del país tras decenios de guerra y de que la situación sólo podía evolucionar a peor, deseaba firmar el acuerdo lo antes posible y se desesperaba ante el empeño del Emperador en jugar sus últimas bazas. Finalmente, tras las derrotas francesas de Laón y Arcis-sur-Aube, los ejércitos aliados entran en París en 1814 y Napoleón abdica.

De todo ello, Jock Calder nada nos cuenta en sus memorias, que constituyen en buena medida *La Gran Sombra*. La victoria aliada en Leipzig y la renuncia de Napoleón apenas atraviesan hasta el papel debido a la densidad de sus propias preocupaciones sentimentales. Entre abril de 1814 y marzo de 1815, el periodo que va desde

que Napoleón deja el poder hasta su regreso de Elba y el inicio de los «Cien días», Europa entera está de Congreso en Viena. Allí brillan Talleyrand, Metternich, el zar Nicolás, lord Castlereagh y el Duque de Wellington entre los que tienen algo que decir y opinar. Pero también brillan, para entretener a las decenas de príncipes y princesas, embajadores plenipotenciarios, generales triunfadores, agregados militares y miles –sin exageración– de componentes de los séquitos allí reunidos... pintores, músicos, artistas de variedades, *cocottes*, peluqueros... Cada día una excursión. Cada noche una fiesta. Cada tarde un baile. Mientras los vencedores discuten sobre el destino de Polonia, sobre las plazas y territorios que Francia ha de ceder, qué va a quedar del reino de Sajonia, o la libertad de comercio marítimo, el pintor Isabey recibe más de cincuenta encargos para retratar a los aristócratas que recalán en Viena, se realizan representaciones teatrales de aficionados, y –volviendo a la política– Don Pedro Gómez Labrador, el enviado español, opta, con su «equivocada testarudez» –palabras de Harold Nicholson–, al premio al más fastidioso político de todo el Congreso. Quienes viven en West Inch permanecen ajenos a todo esto. Por aquellos días la calma parece haber vuelto a escena, y paseos, conversaciones y romance es todo lo que el cuarteto protagonista de *La Gran Sombra* puede aportar a la escena internacional. Desgraciadamente para ellos, lo más interesante viene después, cuando Napoleón vuelve de Elba, Luis XVIII escapa de París, y Wellington y Blucher empiezan a movilizar sus tropas. Por sorprendente que parezca, dada la inocencia de sus actividades y lo apartado del lugar donde las realizan, el cuarteto de West Inch nos garantizará butaca de primera fila para asistir el acto final de Waterloo. Por cierto, un retorno de Elba que, a pesar de la pronta derrota de Napoleón, tuvo su trascendencia. Antes de ese «bis» en el campo de batalla, el zar Nicolás y Rusia eran los árbitros de Europa; la parte más fuerte en las negociaciones

de Viena. Cuando acaban esos cien días «de propina» de Guerra napoleónica, el Zar ha perdido definitivamente sus mejores bazas. Sus ejércitos, de retorno a casa, no llegan a intervenir en la derrota definitiva de Francia. Algo de lo que sí puede alardear, curiosamente, alguno de los protagonistas semianónimos de *La Gran Sombra*.

ALFREDO LARA

CAPÍTULO I

Señales verdaderas

Me resulta extraño pensar ahora mismo que yo, Jock Calder de West Inch, a mediados del siglo XIX, aunque no tenga más que cincuenta y cinco años, y aunque tan sólo quizás una vez por semana mi esposa tiene que arrancarme una cana de las sienes, he vivido sin embargo una época en la que los pensamientos y las costumbres de los hombres eran tan diferentes a las de hogaño como pudieran serlo las de los habitantes de otro planeta. Puesto que, cuando salgo a pasear por mis campos, puedo ver, camino de Berwick adelante, los retazos de humo blanco que delatan a ese ciempiés nuevo y extraño que se alimenta de carbón y que puede llevar a un millar de hombres en su vientre mientras se arrastra sin descanso por la frontera. En los días soleados puedo distinguir los reflejos de los remates de latón, cuando toma la curva, cerca de Corriemuir, y luego, si miro hacia el mar, veo de nuevo a la bestia, o puede que a una docena de ellas, dejando esa estela que es negra en los aires y blanca sobre las aguas, mientras navega contra el viento con la misma facilidad con que un salmón remonta el Tweed. Una visión así hubiera dejado sin habla a mi buen padre, llenándole tanto de justa ira como de sorpresa, ya que siempre temió ofender al Creador contraviniendo a la Naturaleza y consideraba, en todo momento, que los nuevos inventos eran cosas próximas a la blasfemia. Puesto que el Señor ya había

creado el caballo, y que era un hombre el que guiaba estos nuevos artefactos, mi buen y anciano padre hubiera optado sin dudar por la silla y las espuelas.

Pero aún se hubiera sorprendido más de haber visto cómo la paz y la hermandad reinan en estos tiempos en el corazón de los hombres, y de ver las noticias que proclaman los periódicos y las asambleas, acerca de que ya no habrá más guerras; excepto, por supuesto, contra los negros y pueblos semejantes. Porque cuando él murió llevábamos luchando, sin apenas tregua, con excepción de dos cortos años, durante casi un cuarto de siglo. ¡Pensad en tal cosa vosotros, que vivís ahora de forma tan tranquila y apacible! Los niños que nacieron durante esa guerra se convirtieron en hombres barbados y tuvieron hijos a su vez, y la guerra aún proseguía. Aquellos que sirvieron y lucharon en la flor de la vida, se volvieron artríticos y encorvados mientras los buques y los ejércitos continuaban ba-tiéndose. No es de extrañar que la gente, al final, considerase todo aquello como el estado natural de las cosas, y pensase en cuán extraño tenía que ser vivir en paz. Durante ese largo periodo luchamos contra los alemanes, los daneses, los españoles, los turcos, los estadounidenses, los uruguayos, hasta que fue como si no hubiera raza que estuviera lo bastante próxima como para ser amistosa, o lo bastante alejada como para no entrar en conflicto. Pero, sobre todo, estuvimos en guerra contra los franceses y contra ese hombre al que, por encima de todos los demás, odiábamos, temíamos y admirábamos, y que era el Gran Capitán que les conducía.

Está muy bien pintar caricaturas suyas, y cantar tonadas burlescas sobre él, y considerarle un usurpador, pero yo he de hablar acerca del miedo que despertaba ese hombre, y que se extendió como una sombra negra sobre toda Europa, y hablar también de la época en que el brillo de una hoguera de noche, en la costa, podía hacer que las mujeres cayesen de rodillas y los hombres echasen mano

a sus mosquetes. Era invencible: eso era lo que más temían de él sus enemigos. Los Hados parecían estar de su parte. Y sabíamos que estaba en la costa norte con ciento cincuenta mil veteranos, y con las embarcaciones necesarias para transportarles. Pero eso sí que es una historia ya sabida: la de cómo casi un tercio de los hombres en edad de servir, de nuestro país, tomó las armas, y de cómo nuestro hombrecillo tuerto y manco^[1] derrotó a su flota. Aún iba a existir una tierra que pudiese pensar y hablar con libertad en Europa.

Había una gran hoguera dispuesta en la colina que hay camino de Tweedmouth, hecha a base de troncos y barriles de alquitrán, y aún puedo recordar cómo me pasaba una noche tras otra oteando, aguzando la mirada, por si le prendían fuego. Yo no tenía más que ocho años por aquel entonces, pero ésa es una edad en la que ya se siente una comezón, y para mí era como si el destino de toda la nación descansase, de alguna manera, sobre la vigilancia que ejercía. Y así sucedió que una noche, mientras observaba, vi de repente un pequeño destello en el faro de la colina; una simple lengua de llama roja en la oscuridad. Recuerdo cómo me froté los ojos, y cómo me pellizqué y golpeé con los nudillos contra el alféizar de piedra de la ventana, para cerciorarme de que estaba despierto. Luego la llama ganó en altura, y vi una línea roja y vibrante reflejada en las aguas interpuestas, e irrumpí en la cocina, gritándole a mi padre que los franceses habían cruzado el canal y que alguien había encendido la luz de Tweedmouth. Mi padre estaba hablando con el Sr. Mitchell, el estudiante de derecho de Edimburgo, y todo lo que hizo fue golpear la pipa contra el borde del hogar y mirarme por encima de sus gafas de cuerno.

—¿Seguro, Jock? —dijo.

—¡Y tan seguro! —acerté a barbotar.

Eché mano a la Biblia que había sobre la mesa y la abrió encima de sus rodillas, como si fuese a leernos al-